

Por Luis Pazmiño Ugarte _____

**PERSPECTIVAS SOCIOLOGICAS Y
CULTURALES ECUATORIANAS==**



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Cuestionario que el Delegado del Comité «France-Amerique» que funciona en París, sometió al Rectorado de la Universidad Central, habiéndose encomendado su contestación al estudiante de Quinto Año de Jurisprudencia, señor Luis Pazmiño Ugarte.

En la formación general de su juventud, ¿se preocupa el Ecuador de prepararla para la vida social, de darle una educación física y de conformar en debida forma su carácter?

Como país en formación que es el nuestro, sus sistemas generales —políticos, económicos, sociales y culturales— no han alcanzado aún un perfecto desarrollo y madurez y se debaten en ese período sociológico de «tanteo», y que no es sino la pugna vital entre la idea y la realidad, el sistema refinado y expedito de culturas evolucionadas operando en naturalezas frescas de historia, informes, vírgenes, para la adaptación y perfeccionamiento.

Tras un largo período de búsqueda de orientaciones, el Ecuador, en materia pedagógica, es decir de formación de su juventud, sí tiene una visión integral del problema educativo. Su personal de educadores en las tres grandes fases de la enseñanza general —primaria, secundaria, normal y superior— se documenta día a día, con empeño de creciente superación y con notable curiosidad investigadora, sobre las modernas conclusiones que, sobre todo en Europa y en los Estados Unidos, va alcanzando la maravillosa ciencia de la educación.

En el Ecuador sí domina un criterio multiforme frente al problema educativo, y se orienta al joven hacia esta formación trifásica: la educación para la vida social, la educa-

ción física y la educación del carácter. Sólo cabe observar, si hemos de ser imparciales, que tal orientación no alcanza todavía una realidad completa y halagadora.

La educación social o para la vida social se inicia en la enseñanza primaria con visible entusiasmo; pero sufre un eclipse en la secundaria y superior, porque esta modernísima orientación no cuenta aun con una concatenación forzosa en el plan general de enseñanza del país. La cultura física sí está generalizada en los tres estadios de la formación juvenil. Y, finalmente, la educación del carácter —cuya trascendencia es básica y constituye el fundamento de la pedagogía de un pueblo que aspira a realizar fines históricos mediante la formación integral del hombre, conforme a un «tipo» de elevado sentido estético y cultural— está en el Ecuador en pañales, pues sólo balbuce fórmulas y ensayos en la enseñanza primaria, la cual sólo cuenta con escasos elementos idóneos en el manejo de la técnica de la moderna Psicología Experimental, notándose una ausencia completa de esta preocupación (la formación del carácter) en las enseñanzas secundaria y superior, a tal punto, que no incurriríamos en error al afirmar que, en esos planos culturales, sólo se «instruye» a la juventud, vigorizándole el intelecto, pero no se la educa, afinándole su espíritu y conducta.

Para una metódica comprensión del problema, asimílese la enseñanza normal a los módulos de la primaria, y tendremos analizado el mismo, a grandes rasgos, en una forma que nos parece veraz.

¿Cuáles son los oficios y las profesiones que prefieren los jóvenes en el Ecuador?

En general, este tema hay que resolverlo desde el punto de vista de las capas sociales. Y así, las clases colocadas en el más bajo nivel social —el indio y el montuvío, que habitan, respectivamente, en la sierra y en la costa ecuatorianas— no tienen inquietud por el *oficio*, menos, mucho menos, por la *profesión*, como condiciones técnicas para luchar en la vida. Inclínadas al trabajo agrícola, en las varias formas de éste, no piensan en la libertad económica y la independencia del patrón, sino, a lo más, en asegurar el salario.

Entre la clase rural obrera y la clase media urbana, se encuentra una clase de hombres que tiene la atracción del oficio y que habita en la ciudad, constituyendo una agrupación numerosa de artesanado. El joven de esta clase social intermedia cuenta con oficios socorridos: la carpintería, la sastrería, la zapatería, la mecánica, generalmente.

La clase media, en proporción apreciable, demora en el oficio; pero, de pocos años a esta parte, conforme avanza la evolución de las formas económicas, se vuelca en forma inusitada en los Colegios Secundarios y en las Universidades, en busca de la profesión académica, de la cultura superior, concretada en varias formas generalizadas: la medicina, la abogacía, la ingeniería civil, la filosofía y las letras.

Más que un empeño de asimilación pura y esencial de la cultura superior, descúbrese, a poco observar, en esta tendencia e inclinación de las clases medias del país, un propósito de índole práctica: capacitarse «legalmente» para alcanzar posiciones favorables dentro de la vida político-administrativa y social en general, aun —y esto ocurre en apreciable número de casos— sobre la base de una formación intelectual pobrísima, desarticulada, llena de lagunas y vacíos, que no ha procurado en lo más mínimo llenar una probidad mental consciente y noblemente inspirada, sino que, antes bien, ha fomentado una insensibilidad idiosincrática, y sin responsabilidad cultural y humana.

De aquí ha nacido un problema trágico para el Ecuador, que ha creado una crisis institucional sin precedentes: la clase académica, universitaria, que viene gestando la historia política y estatal del país, una vez al frente del Estado, en sus múltiples aspectos, lo desorganiza en vez de organizarlo y robustecerlo. Y así, de la crisis universitaria, fluye, lógicamente, la alteración orgánica de la vida estatal y el malestar nacional.

Las clases elevadas de la vida social, que hasta hace poco miraron con indiferencia a la cultura, porque se hallaban en condiciones económicas favorables, hoy con el imperio mundial de la inquietud económica y de la crisis, retornan a ella, pero, como las clases medias, acaso sin anhelos trascendentales.

¿Hay en la juventud ecuatoriana materialismo o racionalismo?

Para llegar a conclusiones definidas sería preciso definir el problema a la luz de la sociología, más que de una filosofía inmediata. Los estudios del alma nacional recientemente empiezan en el Ecuador. La sociología y sus ciencias auxiliares no han recorrido todavía sino un trecho muy reducido. La perspectiva científica en este aspecto es inmensa.

Si nos acercamos a la vertiente étnica, estaremos en posibilidad de enfocar mejor la actitud del hombre joven ecuatoriano: si por el ingrediente español, la juventud es idealista —no de un idealismo rigurosamente filosófico, a lo Hegel o Kant, de un trascendentalismo o «pasión por las ideas puras», sino de un idealismo que es, más bien, desprendimiento, desinterés, «quijotería», sentido de lo «heroico», dominio pleno de la fantasía en la mecánica del enjuiciamiento del hombre y la realidad; de un idealismo que tiene su centro vital, no en la materia mental propiamente dicha, sino en la emocional;— si por el ingrediente español la juventud ecuatoriana es idealista, por el ingrediente indígena, que completa su química racial, el hombre joven ecuatoriano es materialista, no en el sentido, asimismo, rigurosamente filosófico, de inclinación por las realidades objetivas, medidas y concretas, a la «pasión por la realidad», sino en el sentido del apego a la realidad material en forma mística y totalitaria.

Si bien es cierto, que este materialismo no revela sino la posición de una raza que demora en las zonas de la subcultura y que no tiene —por su incipiente integración cósmica— fuerzas espirituales suficientes para elevarse sobre la realidad, para interpretarla mejor de «arriba a abajo». Es el materialismo de las razas que no descubren en la realidad, o mejor en la materia cósmica, sino su aspecto meramente formal, mas no su contenido filosófico y esencial.

Operando ambos ingredientes raciales en el hombre joven ecuatoriano, su actitud generalizada tiene las más sutiles variantes; pero, por ley de gravitación social, son las surgentes hispánicas las que predominan en la juventud, impulsándola hacia una concepción idealista de la realidad, que es la forma más bella pero trágica de falsearla, y también,

la modalidad más eficaz para no poder realizar grandes y sólidas construcciones históricas.

¿Cuáles son los centros de interés o de atracción de la juventud ecuatoriana: la política, los deportes, la vida moderna exterior o familiar?

Nuestra juventud comparte, casi por igual, estas dos direcciones: la política y el deporte. El deporte está generalizado, sin llegar todavía, a un grado notable de perfección.

Nuestra juventud se inclina a la política, porque está saturada de ideología revolucionaria y presiente que la sociedad se aproxima a una transformación sustancial de sus formas políticas, económicas y jurídicas actuales, al influjo de las corrientes espirituales del mundo en este minuto histórico. La emoción política de nuestra juventud, como la de casi todas las juventudes americanas, es un claro indicio de que «algo» nuevo y trascendental se va a operar en un futuro inmediato, a consecuencia de la ebullición latente en el subsuelo humano.

Como la emoción política ha captado, profundamente, el espíritu de nuestras juventudes, la vida moderna de ellas no tiene su centro de interés en el hogar, como hace cincuenta años, sino que, la fuerza de su dinamismo social la impulsa a la calle, al club político revolucionario, al Parlamento, a la asamblea popular, al contacto con la multitud hirviente y ululante, en espera de acontecimientos políticos y sociales. Nuestra juventud no es plácida ni optimista: es inquieta, desorbitada y revolucionaria.

¿Cuál es la posición general de la juventud ecuatoriana frente a la religión?

Del Ecuador se puede decir lo que el grande y luminoso espíritu de Ganivet dijo de España: «que se halla fundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñan en «descatolizarla», no conseguiría más que arañar un poco la corteza de la nación».

El espíritu religioso gravita con igual fuerza que el factor telúrico sobre la nacionalidad ecuatoriana. Sin embargo, la juventud manifiesta una marcada indiferencia hacia el fenómeno religioso, imantada hacia la concepción marxista de la vida,

en su gran mayoría. La religión católica —que es la predominante en nuestro país— no refuerza, en la actualidad, sus posiciones espirituales, sino que, por el contrario, siente que se le van debilitando, a medida que el nivel cultural de la nación alcanza planos mayores.

Como la evolución ascendente o descendente de la mística social no se opera en ciclos pequeños, sino, como lo explican los maestros de la sociología moderna, a través de largos, de dilatados períodos de tiempo, es difícil determinar en forma precisa el signo de esa evolución en el Ecuador. La juventud ecuatorina actual, cuando no adopta una acometida contra el sentimiento religioso, lo mira indiferente a sus ideales y aspiraciones humanas.

¿Cuáles son las tendencias vitales de la juventud ecuatoriana: las costumbres burguesas? la vida fácil? la búsqueda de lo difícil, del desarrollo del esfuerzo?

La situación económica del Ecuador —que aún no sale de la forma feudal agraria para entrar en la etapa netamente capitalista e industrial— no permite a su juventud acomodarse a costumbres burguesas ni aspirar a ellas, pues, a más de que confronta una forma de transición económica desfavorable y crítica, se debate en un medio geográfico sumamente accidentado y complejo —suelo martirizado por profundos trastornos geológicos, esencialmente volcánico en su mayor extensión; clima igualmente variado y nada favorable al desarrollo de una industria agrícola en condiciones normales y ordenadas— que la presiona a desarrollar máximos esfuerzos para el dominio de la naturaleza. Es decir, la naturaleza, el medio requiere de la juventud una actitud contraria al principio «hedonístico».

Lo que sería dable investigar sería si nuestra juventud está conformada espiritualmente para su tarea económica, o si, por el contrario, sufre la tragedia de una dislocación entre su espíritu y su realidad telúrica.

Nos parece que la posición de nuestra juventud—por la constitución de su unidad étnica indio-española—es intermedia: ni tendencia a la vida fácil, vegetativa y burguesa, ni tensión hacia el esfuerzo creador, hacia la operación heroica frente a la realidad. Si bien, con una acentuada tendencia a lo primero, que algunos sociólogos americanos han denomi-

nado la «pereza criolla», más que por los influjos raciales de raíz indígena, por las imposiciones brutales de la realidad circundante.

¿Las juventudes ecuatorianas tienen predisposición a agruparse, a entenderse, a actuar colectivamente, o son individualistas?

También este problema hay que enfocarlo a la luz de la constitución étnica. Dos influjos operan en el espíritu del hombre joven ecuatoriano: el español y el indio. Por el primero, tiende a proyectar su individualismo sobre la realidad social; por el segundo, obedeciendo a la tradición racial incaica, se manifiesta con un sentimiento colectivista, adormecido por las etapas posteriores a su modo de ser aborigen; la colonial y la republicana.

Pero, en todo caso no será aventurado afirmar que, en virtud del predominio de la raza más civilizada sobre la menos civilizada, es el «estilo social» español el que caracteriza a nuestro hombre—cualquiera que sea su edad—; es decir, que desde el punto de vista de la actuación en el ambiente social, la tendencia del joven ecuatoriano se dirige, en la mayoría de los casos, a lo que Waldo Frank califica de una «violenta afirmación personal».

De ahí es que una forma de gobierno colectivista en nuestro país, tendrá que tropezar, fundamentalmente, con el desfavorable factor étnico, que actúa desde la subconciencia—hasta la formas exteriores de la convivencia culta y civilizada. Y como lo que desea obtener la moderna corriente espiritual e ideológica que recorre hoy todos los pueblos del mundo, es una nueva postura del hombre frente a su propio problema y al de la sociedad humana en general, fácil es comprender que, para los estudiosos de la psicología social ecuatoriana, se abre un campo de perspectivas imponderables para el más fino y penetrante análisis científico, pues el marxismo—una de las formas más evolucionadas del colectivismo—si quiere aclimatarse en nuestro medio, tendrá, previamente, que coger a nuestro «tipo» humano y ver de qué es capaz, cuáles son sus auténticas virtualidades y qué método tendría que seguir para que él dé de sí todo lo que, en una etapa de formidable sondeo histórico, tendría que dar.

El hombre ecuatoriano, como el americano en general, está revestido de una cultura occidentalizada, cultura que, por lo mismo, no arranca de la raíz misma de su constitución esencial. Esta corteza cultural despista al sociólogo y lo desorienta, pues, gracias a ella, la juventud en el Ecuador se manifiesta propensa a la actuación colectiva, al impersonalismo, a la gestión en forma cooperativa. Pero, debajo de estas formas creadas por una cultura que no ha podido convertirse en sustancia propia, demora, agazapado, el individualismo más resistente y tenaz, que busca la más leve oportunidad de relajamiento de los lazos sociales para erguirse en la forma más desconcertante.

Y porque el factor étnico ejerce su influencia disgregante, es que el hombre ecuatoriano no llega casi nunca a entenderse. La falta de docilidad del hombre ecuatoriano a un espíritu colectivista tutelar, explica, con claridad meridiana, el fracaso de la vida política partidarista. Los partidos políticos en el Ecuador siempre hicieron una vida artificial: la fuerza cohesionante de una doctrina, de una idea, de un sistema o de una concepción del Estado, no bastaron, entre nosotros, con su sola virtud dinámica y potencial, para asegurar la actuación colectiva vigorosa y creadora, frente al factor étnico operante y decisivo. La «idea-fuerza» de Fouillé, no madura en realizaciones optimistas, ni cala hondo, en el espíritu ecuatoriano.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

—¿Tiene la cultura artística un sitio en la formación de la juventud ecuatoriana, y qué forma toma esa cultura?

—El arte—sustancia modeladora eterna—sí cuenta en la formación de nuestra juventud. Carecemos, no obstante, de un arte propio. América vive enferma de occidentalismo, en una de las peores formas: la mimesis, la imitación novedosa antes que reflexiva, el trasplante. Vivimos de la cultura europea más que los europeos, y apenas si tenemos el valor de introducir ligerísimas variantes a las formas occidentales.

La literatura, la pintura, la música y la plástica son las principales manifestaciones artísticas que actúan, sensiblemente, en la integración de nuestro acervo cultural. Elementos de afinación cultural y de ponderación anímica, los artísticos, influyen en nuestros planes educativos, si bien en forma relativa aún, pues hasta ahora no hemos logrado obtener un

«estilo» superior de cultura artística, capaz de significar un nuevo derrotero de emoción estética, como preludio de civilizaciones promisoras más altas.

La influencia artística europea ha sobornado todos los campos de la emoción y del espíritu. Luces tiernas y tímidas se insinúan, no obstante, en el fondo del mundo americano, presagiadoras de un «redescubrimiento», de un retorno a la niebla interior, para el análisis de la unidad étnica y de las formas culturales superpuestas pero no asimiladas.

Acaso, a estos países americanos, de integración racial peculiar, les sea saludable, desde algunos puntos de vista, intentar meter, como Rusia, un «arado de desfonde en la realidad histórica» —para emplear la feliz expresión de Fernando de los Ríos— a fin de sacar a flote los rasgos esenciales de nuestro espíritu, base con la que tiene que contar nuestro hombre continental para la realización suprema de su destino.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL